

El hombre que regala historias

Los cuentos reunidos del venezolano Ednodio Quintero, creador de un mundo con mitología propia, lo confirman como uno de los autores latinoamericanos más imaginativo

Por Carles Geli

UN FUNAMBULISTA actúa en un pueblo; todo el mundo acude porque saben que, dada la dificultad suicida, el equilibrista caerá tarde o temprano. Un joven va un día, y otro y otro y otro a verlo y nunca pasa nada; hay peligros, sustos, pero nada; una sola vez, una causa muy de fuerza mayor, y no puede acudir; el funambulista cae, efectivamente. Se lo regalo: escríbalo usted, pero ha de dejar bien claro que era el que iba cada día quien sostenía al funambulista". No es frecuente obsequiar a alguien con un relato... por hacer, pero así de generoso se muestra el venezolano Ednodio Quintero (Las Mesitas, Trujillo, 1947). Puede permitirse regalar ideas tan caras visto *Combates* (Candaya), primera entrega de sus cuentos completos que recoge, sin embargo, su producción corta más reciente, la que va entre 1995 y 2000: abundancia de historias en un paisaje duro que enmarca un mundo un poco angustiante, casi mitológico, de guerreros y personajes con códigos extraños, susceptibles a la metamorfosis y el antropofornismo, de los que sabemos lo justo gracias a un lenguaje tan preciso como brevia.

Ese punto de inquietante fantasía lo destila el propio Quintero, piel bruniada y ojos ligeramente achinados —"me considero mestizo, pero sólo soy un 16% indio, lo calculé"— destinado, como máxima aspiración social en esas latitudes, a ser telegrafista rural y hoy una de las voces más potentes de su país. "Nací en una aldea de 500 almas, apartado de todo y donde se llegaba a caballo; no había electricidad ni nada y el imaginario era casi medieval, del XVI, de cuando llegaron los descubridores españoles".

La geografía rural era curiosa: "A más pobre, más subían las gentes la montaña", formula. En su caso, llegó a los 2.600 metros de un pueblecito llamado Visún. "Yo leía antes de hablar, más que nada por silencio; luego tuve un conflicto de adolescencia pero pensaban mis padres que estaba enloqueciendo; yo me decía: 'No sé qué soy pero soy distinto a los demás'. Y me llevaron a temperar en el campo". El castigo fue una casa de un pariente con una biblioteca notable que se tradujo en la lectura de Faulkner a los 15 años y un "contacto intenso con lo natural, lo vegetal y, sobre todo, lo mineral". Y quizá por eso, quien quería ser ingeniero civil de vocación —"eros de construir puentes y carreteras"— acabó por error —"me equivoqué de verdad al matricularme"— en la de forestal, lo que le permitió recorrer casi todos los bosques de la Amazonia y de Costa de Mar-

fil, que pueden vislumbrarse como *atrezo* en, entre otras, su primera y elogiada novela, *La danza del jaguar* (1991).

¿Si en parte explica una geografía, explica también esa infancia unos personajes? "Si hay algo de mitología, si acaso es griega, pero mis mitologías son inventadas, son rituales o cosas totalmente imaginadas o que lo parecen; la imaginación es la premisa básica de la escritura; no tengo nada contra el realismo, pero lo mío es la imaginación al servicio de la nada". Y en esa línea cita sobre todo a Kafka (*"La transformación me dio pesadillas"*), Borges y Cortázar, influjos que a partir de los relatos de *El corazón ajeno* (2000) desaparecieron. Ardua labor. "La escritura es una moledora de todo: un escritor, en su fase inicial, siempre es la imitación de otro autor precedente o de sus padres hasta encontrar un mundo, una voz...". Por eso se ha dicho de Quintero que es un explorador impune: "El idioma es un instrumento descuidado por todo el mundo; el escritor tiene que darle cuentas no al mercado sino a Cervantes y a la propia lengua, ayudar a crear un idioma, con un léxico propio y construcciones de forma particular...". ¿Un estilo? "No, va más allá lo que quie-

"El idioma es un instrumento descuidado; el escritor tiene que rendir cuentas no al mercado sino a Cervantes y a la lengua"

"El 90% de la intelectualidad no está con Chávez, pero es un ignorante muy hábil y lo iguala todo por lo bajo"

ro decir... Y después, morirse: mi pacto fáustico sería ése".

En esos cuentos que parecen sueños ("muchos provienen de él, como el relato 'Caza': los recuerdo al despertar; otras veces tengo ensueños estando despierto y sólo reacciono haciéndome sonar los dedos de los pies") abundan guerreros de códigos extraños, heridos física y mentalmente. Casi un ejército al final. "Detesto



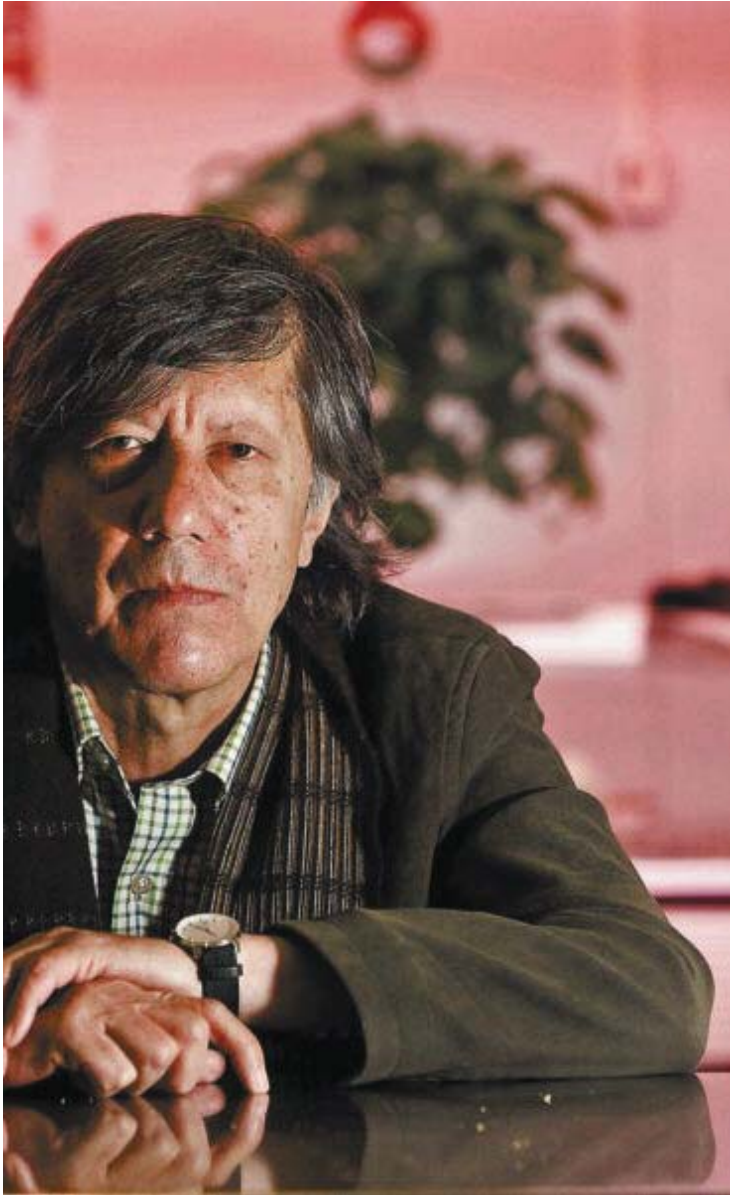
la violencia, no discuto y ni por llevar, no llevo ni cortaúñas, pero la existencia es una guerra; el mundo es hostil; no profeso religión alguna pero existen dioses que se meten en tu vida; buenos y malos; en fin, la existencia es una mala batalla a librar". Y también caen mucho, ya en agujeros exteriores o en los más hondos de uno mismo, como explicita el relato 'La caída'. "Soy un jinete amniótico: estando embarazada, mi madre se cayó del caballo y yo recuerdo que me agarré del cordón umbilical como un mono de una liana: esa imagen me ha perseguido mucho tiempo".

Pero los personajes de Quintero no se dan por vencidos ni en los peores contextos ("incluso en mis correos utilizo la coletilla: 'No nos rendimos'; sólo hay una vida"), hablan mucho consigo mismos, en primera persona, y hasta con su *alter ego*: "He llegado a la conclusión de que esa voz es fruto de lo solitario que he vivido; si tengo problemas, aún hoy me hablo en voz alta; yo viajo autárquico". ¿Y puede ser que sufran de una especie de ceguera? "El ojo humano está hecho para ver ciertas cosas, no está preparado para verlo todo de la realidad, como las energías que nos rodean". Y dice que la reflexión le lleva a pensar en el relato 'El hombre caja', donde el personaje decide vivir dentro de una caja en la que mira el mundo sólo a partir de una pequeña hendidura practicada para ver. El relato es del japonés Kobe Abe, que Quintero cita, junto a Banana Yoshimoto, como buen japonólogo que es y tras vivir en el país un año: "Lo japonés sinto-

niza con mi manera de ser: el respeto por el otro, la tranquilidad; dicen que son extravagantes y eso es fruto de su libertad". ¿Y cómo ve el efecto Haruki Murakami? "Se explica mucho por su mezcla de lo estadounidense y lo japonés y también está la conexión por el lado chamánico".

Es Quintero una voz consolidada —*La muerte viaja a caballo* (1974); *Mariana y los comanches* (2004)...— de una literatura venezolana de la que, desde fuera, apenas llegaron Rómulo Gallegos o Arturo Uslar Pietri y que con el *boom* latinoamericano justo sacaron la nariz Guillermo Meneses y Adriano González León. "Mi teoría es que, al igual que hacemos con el petróleo, nos creemos un país autosuficiente en casi todo; es un fenómeno muy del siglo XX; también es cierto que no hemos tenido exilio y sí una industria editorial correcta", acota. Pero tampoco hablan de ellos sus vecinos literarios cuando visitan España. "Eso es por el proceso de balcanización sociocultural de América Latina", responde y añade dos nombres imprescindibles: Rafael Cadenas en poesía y Victoria de Stefano en narrativa. ¿Y el influjo de un político como Hugo Chávez en la cultura venezolana? "El 90% de la intelectualidad no está con él, pero es un ignorante muy hábil: las librerías del Estado son muy baratas, por ejemplo, pero iguala por abajo: los extranjeros que llegan son, por ejemplo, bolivianos, y se da una orientación ideológica desde las escuelas notable".

Dice que ha perdido energía al escri-



El dominio de la trama

La familia Moskat

Isaac Bashevis Singer
Traducción de Juan José Guillén
RBA. Barcelona, 2009
800 páginas. 29 euros

Por José María Guelbenzu

SIEMPRE HE PENSADO que a casi todas esas novelas de setecientas páginas para arriba, los llamados "tochos", se las puede aligerar de unas doscientas sin que la novela sufra (incluso, en muchos casos de palpitante actualidad, se las puede aligerar de las setecientas). A casi todas sí, excepto, con toda seguridad, a las de Isaac Bashevis Singer; y *La familia Moskat* es una perfecta demostración de lo que digo. Quien la lea no podrá por menos de quedar admirado y asombrado de su capacidad para cruzar decenas de historias y personajes sin que sobre ni falte una coma. El secreto de Singer lo es a voces; se trata de un narrador en estado puro que se atiene a una norma que sólo son capaces de seguir los maestros en este arte: opinar poco y mostrar mucho. Valga un ejemplo: "Se sentó en el peldaño de una escalera que estaba apoyada contra las estanterías. Su falda plisada se extendió como un abanico abierto". Cualquiera que siga sus libros verá que contra una evidente escasez de razonamientos y explicaciones, especialmente de orden psicológico, impera la potencia expresiva de la mirada para mostrar (no digo describir, sino mostrar) la interioridad de los personajes, extrayendo ésta a través de la mirada a exterioridad personal e histórica; Singer pertenece a esa clase de escritores que, donde la gente sólo ve lo obvio, él ve siempre lo distinto.

La composición de la escena es detallista en gentes y cosas y de ahí deriva una pasmosa capacidad para crear un ambiente, sea casero o callejero, interior o exterior. Él, por ejemplo, dentro de una gran tradición narrativa realista, recoge muy bien el bullicio de la gente y la ciudad, el movimiento, el escenario pintoresco y las escenas de familia porque tiene el don de captar el colorido de la vida, la variedad de las relaciones humanas, la vibrante contradicción de los comportamientos. Además, los personajes están siempre integrados en el escenario, éste es fundamental para ellos: los ampara, los cubre, los explica...

La historia de la familia Moskat (y al decir historia y familia no creo que sea necesario precisar mucho más) se extiende desde principios del siglo XX hasta la entrada de los nazis en Varsovia en 1939. La novela es en realidad un gran fresco del mundo judío de Varsovia cuyo inmenso valor literario no desmerece del valor de crónica de una sociedad

destruida y arrasada como es la de los judíos de Polonia. Encontraremos a toda clase de gente y a gente de todas las clases sociales y todo ello dentro del conflicto entre antiguos y modernos, entre tradición y modernidad que se cuece en el seno de esa sociedad judía empeñada en una disputa emotiva, y desgarradora también, entre los fieles *chassidim* encerrados en sus prácticas ancestrales y los jóvenes defensores de la modernidad, seguidores o simpatizantes del movimiento *haskala* que es el movimiento de apertura que intenta secularizar la vida judía y abrirse al exterior y al que pertenecen las ideas de socialismo y sionismo que darán lugar al Estado de Israel.

La nómina de personajes es muy extensa y Singer, que tiene la habilidad de mantener las riendas de todos a lo largo del relato, los carga de sentido, ambigüedad y personalidad tanto si son principales como secundarios. Las historias amorosas se entrelazan con los líos de familia y el transcurso de la Historia, y el autor demuestra su formidable autoridad a la hora de dar a cada uno su lugar. Abarca muchos espacios y momentos para poner en activo (y en relación) a los personajes; los desplazamientos de la acción son excelentes, muy bien tramados y enlazados según lo exigen y a un ritmo excelente. Pocas veces la novela realista ha alcanzado tal dominio de la trama, las situaciones y los personajes como hace Singer, cuya escritura es una lección constante de cómo se debe de contar una historia: la sensación de dominio del autor sobre sus materiales es contundente. Las figuras dominantes, Asa Bannet, un espiritual, depresivo y desconcertado luchador; el viejo patriarca Meshulam Moskat; su administrador Koppel —soberbia creación de secundario—; las dos esposas de Asa o el patético y alegre tío Abram, con estar magníficamente creadas, no opacan a todos los aparentemente secundones, lo que hace de esta novela un prodigio de construcción de un mundo que hasta en sus menores detalles está creado y cuidado con la dedicación de un artesano y el empuje de un artista.

La conciencia judía impregna el libro, pero sería un error pensar que estamos leyendo un libro de temática judía. El poder de esta novela radica en su universalidad. Como tantas grandes obras basadas en la esencia de la condición humana de nuestros tiempos y de todos los tiempos, no es el lugar, la raza o la creencia lo que las engrandece y provoca nuestra admiración, sino esa capacidad de penetrar en el corazón de los hombres y las mujeres que nos coloca, a la vez, entre el otro y nosotros, como en un relato al que pertenecemos necesariamente apenas abierta la primera página. •

Ednodio Quintero reúne sus cuentos de 1995 a 2000 en *Combates*, primera entrega de sus cuentos completos. Foto: Carmen Secanella

bir, pero no al leer, a la que ha llegado a dedicar "sesiones de 14 horas"; quizá por eso puede citar a Bernardo Atxaga, Enrique Vila-Matas o Ignacio Martínez Pisón. Y, por eso, nadie mejor que él para definir el cuento, unas notas que saca de una pequeña libreta, como si de una fórmula se tratara: "Objeto narrativo geométrico —su mecanismo debe responder a una esfera—, preciso —sin rípios ni memeces— y preciso —con un lenguaje muy cuidado—. Debe irse. Uno

se disculpa por si lo ha entretenido en exceso. "No sufra; nunca llego tarde: siempre pasa algo que hace que esté a la hora por más que no quiera". ¿Estará regalando otro cuento? •

Combates. Ednodio Quintero. Candaya. Barcelona, 2009. 336 páginas. 18 euros.



amor al mar

Las caracolas de Neruda

Primera exposición mundial de la extraordinaria colección de conchas, reunida por Neruda, y los poemas inspirados en ellas.

2 de Diciembre de 2009 a 24 de Enero de 2010
Instituto Cervantes, Madrid
Lunes a sábado, de 11,00 a 14, 00 y de 17,00 a 21,00 h.
Domingos, de 11,00 a 14,00 h.

Organizan



Patrocina



Promueven



Asesoran



EL PAÍS BABELIA 09.01.10 13